

HOMENAJE A MAXIMO GOMEZ

Por Manuel A. García Arévalo

Tengo el honor de ostentar la representación de la Academia Dominicana de la Historia en este justiciero y fraternal homenaje de reconocimiento que le rinde la ciudad de Santo Domingo al Generalísimo Máximo Gómez, héroe invencible de la independencia de Cuba.

Máximo Gómez fue uno de los grandes adalides de la libertad americana. No sólo prestó altos servicios con su arrojo personal y con la fuerza de su espada, enfrentando airoso al bravo ejército español con eficaces tácticas guerrilleras conocidas como las cargas al machete, sino que por sus principios morales, por la serenidad de su pensamiento y por su desinterés político, ayudó a forjar el credo cívico que sustentara la soberanía recién conquistada a costa de sangre y sacrificio. Era, ante todo, un hombre consciente de la importancia del orden social en los pueblos civilizados y la necesidad de que ese orden se lograra a través del respeto a la Ley. Como él mismo decía: “Los pueblos, para ser felices y dichosos, no deben tener el gobierno de la espada sino el gobierno de la Ley”. O como afirmó en aquella otra frase lapidaria: “Los que atropellan la ley estando abajo no pueden respetarla estando arriba”.

En Máximo Gómez confluyen el coraje del guerrero, la audacia del paciente estratega y los principios y lealtades del patriota sin límites, sin desdeñar su dedicación al quehacer literario y epistolar, que enaltece aún más la dimensión de este inmortal caudillo revolucionario, cuyo genio militar le valió el nombre del “Napoleón de las guerrillas”.

Máximo Gómez y Báez nació el 18 de noviembre del año 1836, hijo de una familia pobre pero distinguida, hace hoy 150 años. Cuando el trabucazo de Mella, la noche memorable del 27 de febrero, contaba apenas con 8 años. Inició su



carrera militar en la patria que le vió nacer, cuando aun era un mozalbete lleno de bríos y entusiasmo. Participó en acciones bélicas de importancia, como la batalla de Santomé contra las huestes haitianas del Emperador Soulouque. Distinguiéndose siempre por su valor y agresividad con el machete, alcanzó las insignias de subteniente. Posteriormente, al producirse la Anexión a España, encontrándose en la posición de Comandante del Ejército, Máximo Gómez combatió del lado español. Este es uno de los puntos que ha permitido arrojar algunas sombras sobre su figura egregia, pero no olvidemos que la vida de un hombre no puede juzgarse por una sola actitud ni por una sola circunstancia. Hay que ver la suma de realidades que conforman la existencia de un hombre para hacer un juicio no sólo certero sino ecuánime.

Máximo Gómez nunca renunció a su condición de dominicano. Si se le cuestiona por haber participado en el bando español durante la Anexión en Santo Domingo, y al igual que él muchos otros compatriotas —en una determinación que reclama análisis más serenos que establezcan juicios sobre la identidad amenazada versus la nacionalidad en ciernes—, en nada demerita esto la dimensión del héroe de Palo Seco como uno de los grandes libertadores de nuestra América. Recordemos además el origen banilejo de Gómez, población formada en su mayoría por familias de procedencia canaria, que no habían perdido totalmente la memoria de sus raíces hispánicas. Por lo que, tal y como reconoce el historiador César Herrera, “la confraternidad se impuso en poco tiempo entre la ciudadanía y las tropas ocupantes”, además de señalar este autor que los desafueros del General Pedro Florentino, implacable brazo de la revolución restauradora en el sur del país, hizo que Máximo Gómez, como algunos otros patriotas de las luchas independentistas, dieran la espalda a la causa nacional enrolándose en las filas españolas.

Hay un símil histórico con otro personaje célebre en las luchas libertarias de nuestra isla. El caso de Fray Bartolomé de Las Casas —para sólo citar un ejemplo cimero de la época colonial—, que participó en la guerra contra los indios en el cacicazgo de Higüey, poseyó una encomienda en Cuba y aun



así, iluminado por la lectura del libro bíblico Eclesiástico, Cap. 34, decide asumir la prédica de los frailes dominicos contra la injusticia que padecían los indígenas y luchar con ahinco por la defensa de la raza primigenia de América. Por ello nadie le regatea su sitio de primer orden como uno de los principales cuestionadores del derecho de conquista y sometimiento de los pueblos aborígenes. Las Casas, tras haber sido encomendero, se convirtió en uno de los máximos exponentes del humanismo español, empeñado por de mas en hacer prevalecer la lucha por la justicia y las normas cristianas en la portentosa empresa conquistadora.

Max Henríquez Ureña, refiriéndose a este espinoso asunto, nos dice que no es a Máximo Gómez a quien debemos culpar por su actitud asumida durante la Anexión, sino a la época misma. Y José Martí, con su verbo elocuente, al referirse a los errores de tres de los grandes próceres americanos, nada menos que Bolívar, SanMartín e Hidalgo, asegura que “los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz”. Es importante destacar que en el momento cumbre de su acción, Máximo Gómez reafirmó siempre su dominicanidad, a la cual se debía por su estirpe y por su formación. Ya es cumbre su declaración de 1902: “Cuanto hice en Cuba como humilde y devoto soldado de la libertad, lo hice a nombre del pueblo dominicano, cuyas miradas estaban fijadas en mí”. O cuando asegura que “mi amor a Cuba no ha causado merma en el amor a mi Patria”.

Como soldado, Máximo Gómez, fue implacable en la guerra. Su participación, al frente de las tropas mambises, en la Guerra Grande, que duró diez años, y finalmente en la denominada Guerra de Independencia, que marcó, con la Campaña de la Tea, la culminación de aquel heroico proceso —tras el histórico Manifiesto de Monte Cristi, proclamado por Martí y Gómez—, lo revelan como un guerrero disciplinado y recto que fue respetado y querido por sus compañeros de armas. Impuso la disciplina con el ejemplo de soldado austero



e infatigable que combinaba la astucia y el genio del estratega militar con la humildad y la sencillez de la gente de su pueblo. Al momento de enrolarse el héroe dominicano en la causa revolucionaria de Cuba, José Martí le dice: “No tengo más remuneración que brindarle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”, a lo que Máximo Gómez le contesta: “Todo por Cuba”.

Sin embargo, el gran aporte de Máximo Gómez no puede circunscribirse a la lucha por la independencia de Cuba; hay que proyectar su acción a otros aspectos fundamentales de la vida antillana, como son su ideal de integración entre los pueblos, su lucha contra la esclavitud y su vocación libertaria y democrática. Al generalísimo banilejo le dolía la situación en que vivían muchos dominicanos y cubanos, sobre todo los agricultores. Lo laceraba la situación inhumana en que sobrevivían los esclavos de la hermana isla de Cuba. Había conocido el trabajo agrícola por sí mismo. En Monte Cristi se dedicó a la agricultura y allí palpó la dureza del oficio. Más tarde, en Cuba, presencié los estragos del sistema esclavista y se propuso sacarlos de su condición. “He ayudado a conquistar libertades —dijo en una ocasión—, habiendo nacido libre vine aquí, no a llorar con los esclavos, sino a animarlos para que nos fuésemos al campo a conquistar la libertad; y al campo fuimos. El triunfo coronó nuestros esfuerzos, y alcanzado mi ideal no necesito de nada”. Al luchar por Cuba, Gómez reivindicaba la humanidad entera. Porque según sus propias palabras: “como dominicanos, honramos la Patria, y como hombres a la Humanidad”.

Durante sus treinta años de lucha infatigable en tierra cubana, Máximo Gómez fue dejando constancia de sus experiencias personales, observaciones, ideas sobre la realidad antillana. Escribió muchas cartas, e incluso cuentos, esbozos dramáticos y poemas. Su Diario de Campaña es una extensa relación de las vivencias militares e íntimas, escritas con propiedad y mesura. Joaquín Balaguer, que ha estudiado la faceta literaria de muchos próceres nuestros, afirma que “las cartas de Máximo Gómez, las órdenes escritas que improvisó entre relámpagos de las descargas en los campamentos de la gue-



ra de los diez años, y las proclamas que compuso en estilo de arenga para la tropa inflamable, no parecen documentos hechos casi de la punta de la espada sino más bien páginas literarias compuestas con la misma pluma con que se escriben las odas de gabinete”. Como Alonso de Ercilla, guerrero y escritor al mismo tiempo, escribió en el escenario de luchas y heroísmo: “la pluma ora en la mano, ora en la lanza”, Máximo Gómez desarrolló su labor literaria y epistolar con “el olor a pólvora y el ruido de cañones”.

En el ámbito familiar, el Generalísimo Gómez fue un hombre de gran ternura, un padre amantísimo y ejemplar. Junto a su querida Manana y a sus hijos compartió las alegrías del hogar y las penurias de la guerra. Muchas veces se vió obligado a estar lejos de los suyos. La guerra le arrebató a su hijo Panchito caído al lado de Maceo, como prueba suprema de compañerismo y armonía-, y en sus escritos aparecen huellas del dolor que le produjo aquel hecho terrible. La libertad y la familia fueron sus grandes amores, y a ellos entregó grandes energías y sacrificios. El amor a la familia lo reconfortaba y lo ayudaba a seguir adelante. El amor a la familia le daba un sentido más elevado a su existencia preclara. Tras la victoria se dirige al pueblo cubano desde la Quinta de los Molinos y dice: “Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho de haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos”.

Los ideales de libertad y justicia de Máximo Gómez, así como su ejemplo de hombre íntegro y desinteresado deben servir de guía en estos momentos cruciales que vive nuestro país. ¿Qué puede decir Máximo Gómez a la juventud dominicana actual? Creo que dos testimonios suyos deben quedar como lecciones ejemplarizantes. El primero lo encontramos en aquella oportunidad en que, defendiendo su honor rechaza las seductoras ofertas que le hace el gobierno español para que colabore con la reconstrucción insular al cesar la Guerra de los Diez Años con la Paz de Zanjón:

“No puedo aceptar su ofrecimiento —responde Gómez a la propuesta del General Martínez Campos—, porque só-



lo se recibe, sin deshonor dinero de los parientes o de los amigos íntimos y entre nosotros, General, que yo sepa, no hay parentesco alguno, y, por la otra parte, es ésta la primera vez que tengo el honor de hablarle”.

El segundo testimonio lo extraemos de una carta dirigida a Federico Henríquez y Carvajal, fechada en 1899, que contiene algunas ideas perfectamente aplicables a nuestra realidad presente:

“Nuestra tierra dominicana —escribe—, entra ahora, por ancha vía de regeneración y de la libertad, obra noble a que todos debemos contribuir aportando nuestros esfuerzos, nuestra buena voluntad, y nuestro patriotismo. No el trabajo encomendado a un solo grupo. El pueblo entero está obligado a concurrir al levantamiento de la República verdadera; República que responda a todas las exigencias de la moralidad y de la libertad, guardando nuestros egoísmos y ambiciones y haciendo estable y eficaz, próspera y feliz a la Patria que nos legaron los hombres del 27 de Febrero. Este es el único modo de corresponder dignamente los empeños de Duarte, Sánchez, Mella y demás gloriosos patriotas”. “A toda esa juventud prenda segura de luz bienandanza para lo porvenir, envíe mi más cordial enhorabuena”.

Estamos celebrando el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Máximo Gómez. Me enorgullece, en nombre de la Academia Dominicana de la Historia, exaltar sus dotes de soldado invencible y de patriota libertario, gran propulsor de la solidaridad antillana. Junto al júbilo de este homenaje, creo que debemos prometer, al pie de su imponente estatua, seguir su ejemplo y enaltecer su memoria con nuestro trabajo en bien de la Patria, de la libertad y de la igualdad del hombre, causas por las que tanto luchó el inmortal héroe banilejo.

Discurso pronunciado en la ciudad de Santo Domingo, el día 18 de noviembre de 1986, al pie de la estatua ecuestre del Generalísimo Máximo Gómez, con motivo del sesquicentenario del héroe de la independencia de Cuba.

